

poetas, artistas, industriales, ciudadanos, han contribuido á esta obra sin fin, por su enseñanza, por su ejemplo, por su actos. *Herder* es historiador filósofo. Busca en la historia, y no en vanas abstracciones, las leyes que rigen á la especie humana. Observa con satisfaccion que la humanidad se manifiesta ya en la infancia de los pueblos. En medio de las guerras incesantes que desolaban la Grecia de la edad heróica, Homero revela dulce commiseracion para los males de los hombres. Así, al lado del amor de nosotros mismos, nace la humanidad que nos hace sentir los males de nuestros semejantes y nos impone el deber de compadecerlos y buscarles remedio. Los legisladores y los sabios procuraron desarrollar estos sentimientos, santificar estos deberes, y fundaron de este modo el derecho más antiguo de los pueblos. Fué un deber religioso el no matar, el socorrer á los débiles, curar á los heridos, sepultar á los muertos. La religion dulcifica las relaciones del indígena con el extranjero, y acaba por hacer la piedad extensiva hasta á los enemigos. Toda religion es amor á la humanidad (1).

La humanidad, tal como *Herder* la concibe, conduce tambien á esta misma ley de solidaridad que los economistas habian fundado sobre la identidad de lo justo y de lo útil. ¿Cuál es el carácter distintivo de la humanidad? Que la felicidad de todos dependa de los esfuerzos de todos. Nuestra dignidad moral, así como nuestra felicidad, están relacionadas por un vínculo indisoluble con el destino de nuestros semejantes. Así es que no podemos ser felices mientras hay un esclavo desgraciado por culpa de los hombres; porque las malas instituciones que lo hace desgraciado vienen de los hombres y reobran sobre nosotros. La codicia, la tiranía, el espíritu de dominacion que devastan y explotan todas las partes del mundo, residen en nosotros; el mismo egoismo mantiene bajo el yugo la Europa y la América. Pero tambien todos los buenos sentimientos, todas las buenas acciones de un hombre influyen sobre todos los hombres. Las tendencias de nuestra naturaleza pueden formularse en esta ley suprema: *Nadie para sí solo, cada uno para todos* (2).

(1) HERDER, *Briefe zur Beförderung der humanität*, núm. 24 y 25. — IDEM, *Zur Philosophie der Geschichte*, IV, 6.

(2) IDEM, *Briefe zur Beförderung der humanität*, núm. 67.

Decimos que la sociedad invisible, imaginada por *Lessing*, ha dado un paso con *Herder*: en efecto, determina su carácter y su fin, y lo hace dirigiéndose á la naturaleza del hombre y á la ley que Dios ha dado á la humanidad. Esto es todavía muy vago, se dirá, y no se ve cómo ha de organizarse nuestra sociedad general. Pero precisamente esta falta de organizacion constituye la superioridad de la doctrina de *Herder*. ¿Por qué el abad de Saint-Pierre, cuyas tendencias eran tan generosas como las del filósofo alemán, se ha hecho ridículo por el exceso de sus buenas intenciones? Porque ha querido dar un cuerpo á una sociedad que no tiene más que espíritu. *Herder* hubiera sido más ridículo todavía si hubiera querido escribir una constitucion para una sociedad mucho más vasta que la de Saint-Pierre, la sociedad del género humano. Sucede con la sociedad invisible de los filósofos lo mismo que con la Iglesia invisible de los protestantes; todos los dias hace conquistas, sin que sea posible consignarlas, y, si un dia abarca la humanidad entera, no tomará forma exterior, porque los espíritus, por su esencia, están libres de toda ley, de toda dominacion cuya sancion sea la fuerza. Su asociacion no pierde por eso nada de su poder.

Citemos un miembro más de esta sociedad espiritual. Es un poeta, amigo de *Herder* y de *Goethe*, es *Wieland*. Escribió en 1788 un diálogo sobre el orden de los *Cosmopolitas*. Este título sólo indica que el autor abunda en las ideas de *Lessing*. Los cosmopolitas son ciudadanos del mundo, en la más alta acepcion de la palabra, porque consideran á todos los pueblos de la tierra como ramas de una sola familia, y al universo como un Estado en el cual tienen por compatriotas una infinidad de seres racionales. Están por encima de toda preocupacion de raza, de nacionalidad, de religion. Disminuir el mal y aumentar el bien, tal es el objeto de sus esfuerzos (1). En su cualidad de poeta, *Wieland* está dispensado de dar una fórmula precisa á su pensamiento. Llama á los pueblos á una gran alianza, que debe acabar por abrazar á todo el género humano. ¿Cuál será el régimen de esta inmensa

(1) WIELAND, *das Geheimniss des Kosmopoliten Ordens* (Obras, t. XXX, página 406 y sig.).



sociedad? *Wieland*, lo mismo que *Lessing*, se preocupa muy poco de las nacionalidades. Su patria es el mundo. Como último término de la fraternidad y del cosmopolitismo, concibe una república universal, ó, si se quiere, una monarquía universal; pero ¿cuál es el monarca? La razón. ¿Cuáles son las leyes? Las que la razón dé á conocer á los hombres, y que Dios ha grabado en su conciencia (1).

Hemos llegado á los límites extremos del movimiento que arrasaba al siglo XVIII. Se ve que no está exento de escollos; ántes de señalarlos, debemos decir una palabra de un país cosmopolita por esencia, pero que ha sacrificado por mucho tiempo su nacionalidad y su independencia á su misión cosmopolita. Había en Italia á principios del último siglo un pensador original, en el sentido de que no estaba afiliado á ninguna escuela moderna; *Vico* vive por completo entre los antiguos. También en la antigüedad había una escuela filosófica que profesaba el cosmopolitismo; esta doctrina puede reivindicar la filiación más gloriosa, puesto que remonta hasta Sócrates. No conocemos nobleza más ilustre. De ella procede *Vico*. No se encuentra bien en las pequeñas ciudades de Italia, encerradas en muros trazados por el arado; el puro cielo de su patria le revela una ciudad más vasta; no la han fundado las leyes pasajeras de los hombres; tiene por fundador al que ha dictado leyes eternas á la creación. ¿Cuáles son los miembros de esta ciudad de Dios? Aquí reaparece el genio aristocrático de los antiguos. Solamente la sabiduría da entrada en la ciudad de los sabios. ¿Quién la gobierna? Ya se comprende que no tiene más legislador que la razón. La razón tiene su principio en Dios, y por esto se la llama también sabiduría divina. Solamente el sabio la conoce. Solamente el sabio puede, pues, llamarse ciudadano del mundo (2).

Si la sociedad universal no hubiese de comprender más que los sabios, no estaría mucho más poblada que la celeste Jerusalén, patria de los elegidos. Conviene ver estas aberraciones de la filosofía; así se comprende mejor la necesidad providencial de una escuela,

(1) WIELAND, *Gespräche unter vier Augen*, VII y I (t. XXXII, p. 172 y 6).

(2) VICO, Discurso pronunciado en 1700. (MICHELET, *Opúsculos de Vico*.)

cuyas aspiraciones parecen ménos elevadas y que en realidad tiene simpatías más generales que los filósofos y los teólogos. La economía política tiene nobles representantes en Italia. Para no dar á nuestras investigaciones una extensión desmesurada, nos limitaremos á citar un nombre, de cuyos generosos sentimientos no renegará la escuela italiana. Citarémos algunas palabras de *Filangieri*, que demuestran cuán superior es la doctrina económica á un cosmopolitismo que excluye de la ciudad de Dios á todos aquellos á quienes la sabiduría no ha iluminado con sus rayos celestes, es decir, á la inmensa mayoría del género humano. «Mientras no se hayan curado los males de la humanidad, dice el publicista italiano, mientras los errores y las preocupaciones que perpetúan estos males encuentren partidarios; mientras la verdad, conocida solamente por algunos hombres privilegiados, sea desconocida de la mayor parte del género humano, el deber del filósofo economista es predicarla, sostenerla, ilustrarla. Si las luces que difunde no son útiles á su siglo, á su patria, lo serán seguramente á otro Estado. Ciudadano de todos los países, contemporáneo de todas las edades, el universo es su patria, la tierra es su cátedra, sus contemporáneos y sus descendientes serán sus discípulos.»

## II.

El cosmopolitismo tiene sus escollos; amenaza con absorber y destruir lo que hay de individual en la naturaleza, y en primer lugar las nacionalidades. Había en el siglo XVIII, al lado de los filósofos cosmopolitas, pensadores que idealizaban las repúblicas de la antigüedad, y por consiguiente, el patriotismo, tal como se le comprendía en Esparta y en Roma. A su cabeza figura *Rousseau*. El ciudadano de Ginebra no hace gran caso de la filantropía que abarca al género humano. Confiesa que el patriota es duro para los extranjeros, pero lo esencial, dice, es ser bueno para las gentes con quienes se vive. «En el exterior el Espartano era ambicioso, avaro, inícuo; pero dentro de sus muros reinaban el desinterés, la equidad, la concordia. Desconfiad de esos cosmopolitas que van á buscar lejos en sus libros deberes que no cuidan de cumplir cerca



de sí. Hay filósofo que ama á los Tártaros para dispensarse de amar á sus vecinos. » *Rousseau* sabe que el patriotismo antiguo fomentaba los ódios nacionales, pero esto no le importa; prefiere conservar el amor de la patria con el ódio al extranjero, á que los ódios nacionales se extingan juntamente con el amor de la patria. ¿Qué son esos hombres que se llaman Franceses, Españoles, Alemanes ó Ingleses? Hablan del bien público y no piensan más que en sí mismos; no tienen ambicion más que para el lujo, no tienen más pasion que la del oro. ¿Qué les importa el señor á que obedecen, el Estado cuyas leyes observan? Con tal que encuentren dinero que apropiarse, y mujeres que corromper, en todas partes están en su país (1). *Rousseau* no admite que se pueda ser á la vez patriota y cosmopolita; no pudiendo conciliar ambos sentimientos, da la preferencia al que le parece más natural y más útil al Estado (2). «Es positivo que los más grandes prodigios de virtud han sido producidos por el amor á la patria.» Hé aquí por qué *Rousseau* ensalza á los Griegos y Romanos á costa de los pueblos modernos: «Cuando se lee la historia antigua, dice, se cree uno trasportado á otro universo ó entre otros seres » (3).

Es inútil insistir para probar el error de *Rousseau*; lo que dice de las virtudes de Esparta es un cuadro de imaginacion. Los antiguos ciertamente concentraban al hombre en la ciudad, mejor dicho, lo absorbían en la patria. Es verdad tambien que el patriotismo exclusivamente desarrollado, produjo acciones brillantes que pueden hacer ilusion acerca de las virtudes de los Griegos y de los Romanos. Pero para juzgarlos no debemos fijarnos en los Leonidas ó en los Decios, es menester ver en qué viene á parar aquel

(1) *EMILIO*, lib. I.—Discurso sobre las ciencias y las artes.—*Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, c. 2.

(2) «Parece como que el sentimiento de humanidad se evapora y se debilita al extenderse sobre la tierra, y que no podemos condolernos de las calamidades de la Tartaria ó del Japon como de las de un pueblo europeo. Es preciso, en cierto modo, limitar y comprimir el interes y la commiseracion para darles energia. Ahora bien, como esta inclinacion nuestra no puede ser útil más que á aquellos que viven con nosotros, es conveniente que la humanidad, concentrada entre los ciudadanos, tome en ellos una fuerza nueva por el interes comun que á todos los une.»

(3) Discurso sobre la economía política.—*Gobierno de Polonia*, c. 2 y 4.

amor de la patria que parece tan sublime. Ahora bien; si dejando á un lado la poesia, se considera la realidad de las cosas, se adquirirá el convencimiento de que la virtud que se celebra fué el principio de la decadencia de la antigüedad. Limitando todas las afecciones del hombre á la patria, el legislador daba una leccion de egoismo, que aprendieron demasiado bien los ciudadanos. Los descendientes de los Leonidas fueron propietarios egoistas, ricos que no pensaban más que en acumular bienes para procurarse todos los goces de la vida. En Roma los vicios del mundo antiguo tomaron un desarrollo gigantesco. La antigüedad acabó por perecer bajo la influencia de aquella pasion disolvente que, despues de haberlo subordinado todo á la patria, lo subordinó todo al individuo.

No es éste ciertamente el modelo que *Rousseau* queria dar á los pueblos modernos. Lo que reprueba en el cosmopolitismo, es la hipocresía de la humanidad; en cuanto al verdadero amor de los hombres, nadie lo ha predicado con más fe que él. Su *Emilio* está lleno de estas exhortaciones: «Enseñad á vuestro discípulo, dice, á amar á todos los hombres, y aún á aquellos que los desprecian; hablad delante de él del género humano con ternura y hasta con piedad, pero nunca con desprecio.» *Rousseau* ve muy bien que el amor de los hombres, para no degenerar en egoismo, debe traspasar el reducido círculo de la familia, de la ciudad, de la nacion: «Cuanto ménos próximo á nosotros esté el objeto de nuestros cuidados, ménos es de temer la ilusion del interes particular; cuanto más se generalice este interes, más equitativo se hace, y el amor del género humano no es en nosotros otra cosa que el amor de la justicia.» Los antiguos desarrollaron el ciudadano á expensas del hombre; sin embargo, el hombre es ante todo el objeto de la educacion y de la legislacion: «Desatando los nudos que me sujetaban á mi país, dice *Rousseau*, me extendia por toda la tierra, y me sentia más hombre dejando de ser ciudadano.» Hé aquí los sentimientos del siglo XVIII, que son seguramente superiores á la virtud antigua: «Me amo demasiado á mí mismo, dice el autor de las *Réveries*, para poder odiar á nadie. Esto sería estrechar, comprimir mi existencia, y yo quisiera extenderla más bien por todo el universo..... Siento éxtasis, arrobamientos inexplicables, al fun-



dirme, por decirlo así, en el sistema de los seres, al identificarme con la naturaleza entera.»

El verdadero pensamiento de *Rousseau* es, pues, que el amor de la humanidad no nos haga olvidar los deberes que tenemos que cumplir respecto de nuestra patria. Si insiste más sobre el amor de la patria, es porque el cosmopolitismo vulgar amenazaba hasta la existencia de las naciones, representando el patriotismo como una preocupación digna de ser rechazada por un siglo ilustrado. Federico II, al leer semejantes atrocidades en los libros que se le enviaban de París, tomó la pluma y defendió enérgicamente en las *Cartas de Philopatos* un sentimiento sin el cual ya no hay Estado, ni por consiguiente, sociedad humana. Su corresponsal *d'Alembert*, uno de los jefes del movimiento filosófico, aplaudió la obra del régio escritor, y solamente protestó contra una acusación que parecía atacar á la filosofía; sostuvo que los malos libros, en los cuales se calificaba de quimera una afección tan legítima como el patriotismo, no eran obra de un verdadero filósofo (1).

### III.

Hay, pues, dos sentimientos igualmente naturales, cada uno de los cuales tiene su legitimidad: el amor de la patria y el amor de la humanidad. Es necesario conciliarlos, no se debe exagerar uno de ellos á expensas del otro. Pero ¿es posible esta conciliación? Un hombre que encerraba en su corazón todo el amor de que es capaz el corazón humano, se ha preocupado con esta dificultad. Creemos que *Fenelon* ha dado la verdadera solución del problema que *Rousseau* declara insoluble: «Debemos más á nuestra familia, dice, que á los extranjeros. Debemos más á nuestra patria, en cuyo seno hemos sido educados y protegidos desde nuestra infancia, que á cualquiera otra sociedad de hombres. Pero cuando se trata del bien particular comparado con el bien general, se debe preferir siempre el segundo al primero. No es lícito conservarse arruinando á

(1) *Correspondencia de D'ALEMBERT y de FEDERICO II.* (Obras, t. XVIII, p. 220, 225.)

su familia, ni engrandecer á su familia perdiendo á la patria, ni buscar la gloria de su patria violando los derechos de la humanidad.» Bajo este punto de vista aprecia *Fenelon* á los Espartanos; lo que dice de ellos responde de antemano á las declamaciones elocuentes del siglo XVIII: «Los Lacedemonios han abandonado todas las artes pacíficas, para no reservarse más que la de la guerra; y como la guerra es el mayor de los males, no saben más que causar males, desdeñan todo lo que no es la destrucción del género humano, y todo lo que no puede servir á la gloria brutal de un puñado de hombres que se llaman los Espartanos. Otros hombres tienen que cultivar la tierra para alimentarlos, mientras que ellos se reservan para devastar y despoblar las tierras inmediatas» (1).

El cosmopolitismo presenta otro peligro más. Tiende á reducirlo todo á la unidad, y á fuerza de ver la unidad, pierde de vista la variedad. Esto es mutilar la creación, que se distingue precisamente por una diversidad infinita, sin que esta diversidad impida una unidad superior. Cuando *Lessing* dice que no sabe lo que es la patria; cuando *Wieland* imagina que los hombres han de formar una inmensa sociedad, sin distinción de naciones, destruyen, sin pensarlo, uno de los elementos de la vida, fuente principal de la misma, la individualidad. Es el panteísmo aplicado á las relaciones sociales, y el panteísmo político es tan falso como el panteísmo religioso. Afortunadamente es más fácil de combatir: basta con abrir los anales del género humano, y en cada página se ven escritas las leyes que Dios le ha dado. Si ha dotado á las diferentes naciones de facultades diversas, es sin duda porque cada una tiene su misión en la obra de la humanidad. No nos asustemos por las oposiciones á que esto da lugar. El que las ha creado sabrá reducirlas á la unidad. Regocijémonos más bien, dice *Herder*, como el Sultan Soliman, de que en esta pradera esmaltada de la tierra haya tantas flores y tantos frutos diversos. ¿No es más bella esta rica variedad que una fastidiosa uniformidad? Esto no impide que *Herder* entrevea en el porvenir la unión de los pueblos, pero no los ve encadenados en una unidad artificial que mata la vida en lugar de desarrollarla. La gloria del filósofo alemán consiste

(1) FENELON, *Ensayo sobre el gobierno civil.* — *Diálogos*, XII.



en haberse atrevido, á pesar de ser cristiano, á sacar las consecuencias de tan elevada concepcion hasta en la esfera de la religion. Espera que la misma fe unirá un dia á todos los hombres, pero no quiere que se impongan á todos los pueblos los mismos usos, las mismas ceremonias, el mismo culto; quiere la variedad en la unidad (1).

## § II.—La guerra á los conquistadores.

N.º 1.—*El amor de la humanidad. Voltaire.*

### I.

El conde de Maistre dice de Voltaire: «Suspenso entre la admiracion y el horror, á veces quisiera hacerle levantar una estatua por mano del verdugo.» Hoy parece que se toma en serio esta horrible ocurrencia; se ha hecho de moda el rebajar y condenar á uno de los más grandes genios de los tiempos modernos. Esta reaccion contra Voltaire proviene, en la mayor parte de sus detractores, de un odio ciego á la filosofía del siglo XVIII; á éstos no hay que decirles nada, sino compadecerlos, porque la pequeñez de su alma les impide disfrutar de lo que hay de bello y de grande en las obras del genio, cuando este genio profesa otra fe distinta de la pequeña secta á que pertenecen. Hay otra clase de adversarios del gran crítico, aquellos á quienes cuesta trabajo comprender que haya combatido con tanto encarnizamiento no solamente el cristianismo, sino toda religion. En otra parte diremos que esta acusacion es exagerada. Voltaire no atacó á toda religion; fué, por el contrario, el defensor de la religion natural contra los materialistas de su tiempo, que no faltaban. Nosotros creemos que los hombres verdaderamente religiosos pueden reconciliarse con el enemigo jurado de Cristo, si consideran que su incredulidad no

(1) HERDER, *Blikke in die Zukunft für die Menschheit*, núm. 15 y 16.—*Zur Philosophie der Geschichte*, VII, 2.—*Briefe zur Beförderung der Humanität*, XXIX.

fué más que aparente; en el fondo tenía más fe que los católicos del siglo XVIII y que los de nuestros dias. Su religion es el amor de la humanidad; es el gran sacerdote de este culto, y nunca le ha habido más puro.

En la primera carta que escribe Voltaire al príncipe real de Prusia dice «que siempre ha tenido en su corazón el amor del género humano, y que se atreve á decir que este amor constituye su carácter.» En otra parte dice «que, á ejemplo del gran Fenelon, ha abrazado á todos los hombres en su espíritu de tolerancia, en su celo y en su amor» (1). Hé aquí palabras que no serian indignas de un discípulo de Cristo. Más aún: superan á los sentimientos pequeños de la inmensa mayoría de sus sectarios, que ni siquiera comprenden la caridad infinita del que adoran como Dios. Los testimonios de sus contemporáneos prueban que el carácter de Voltaire es tal como él lo dice. Federico II le escribe: «Todo un mundo respirará bien pronto ese amor del género humano, que vuestro benéfico impulso ha hecho germinar en él.» Catalina II lo llama el *abogado del género humano* (2). Un hombre de genio, inspirado en el mismo amor, á pesar de su desconsoladora filosofía, dice que Voltaire debe su éxito principalmente á los sentimientos de humanidad que ha derramado en sus escritos y al poder que éstos ejercen sobre las almas (3). Condorcet es el órgano de la verdad, cuando dice que se puede contar á Voltaire en el pequeño número de hombres en quienes el amor de la humanidad ha sido una verdadera pasión (4).

Estas palabras de Condorcet valen más que un elogio académico. La Academia, que tuvo la gloria de contar en su seno á Voltaire, le negó un *elogio*, pero la posteridad se ha encargado de ha-

(1) *Un cristiano contra seis judíos*, XXI.

(2) *Carta de Federico á Voltaire*, de 9 de Setiembre de 1746.—*Correspondencia de Voltaire y de Catalina II*, 1766, núm. 7.

(3) DIDEROT, *El hijo natural*.

(4) «Él fué el primero en presentar el ejemplo de un simple ciudadano, que abrazase en sus miras y en sus trabajos todos los intereses del hombre en todos los países y en todos los siglos; sublevándose contra todos los errores, contra todas las opresiones, defendiendo y difundiendo todas las verdades útiles. La historia de cuanto se ha hecho en Europa en favor de la humanidad es la de sus trabajos y de sus beneficios.»